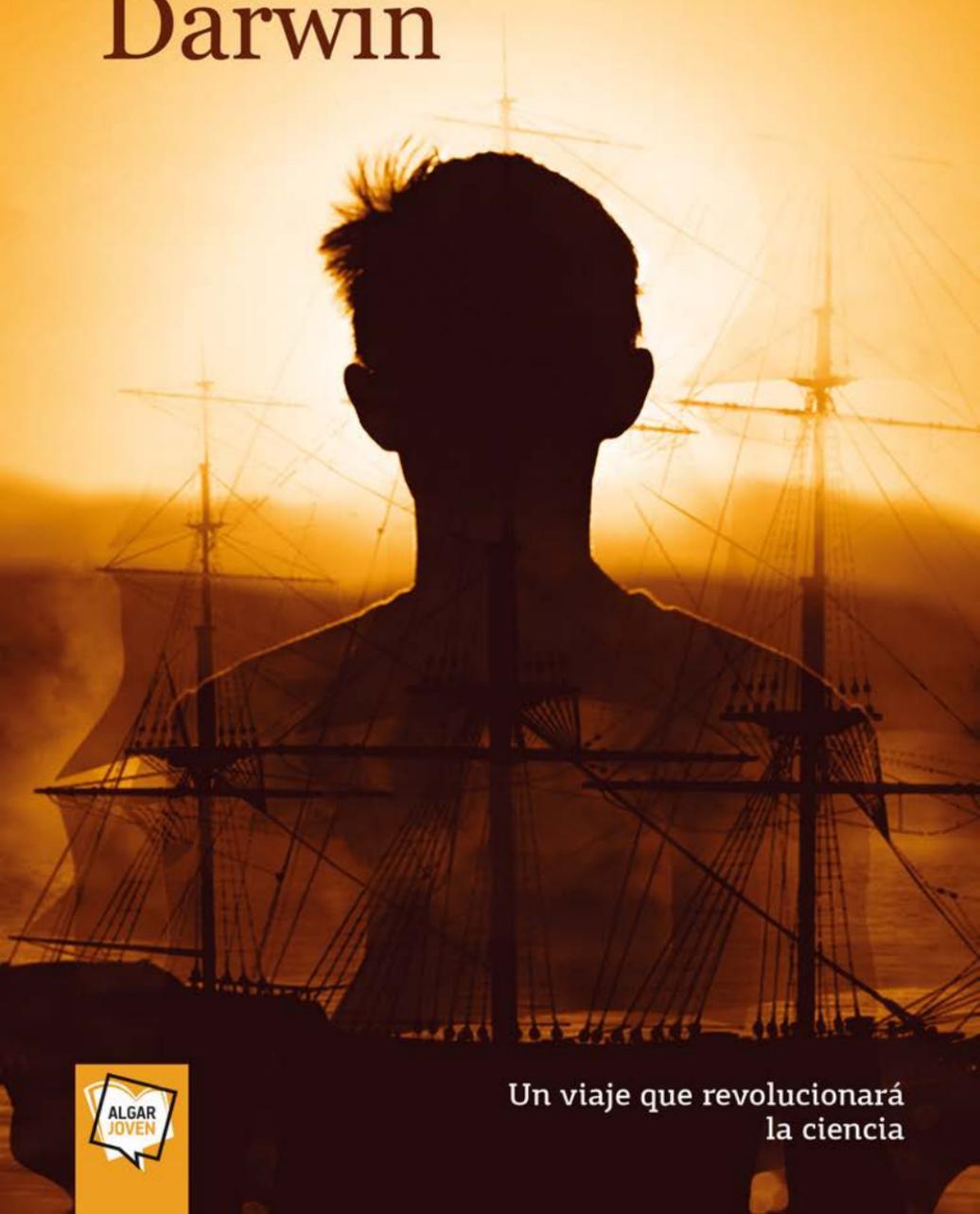


Vicente Muñoz Puelles

El ayudante de Darwin



Un viaje que revolucionará
la ciencia

LARGA CARTA DESDE PAMBULA

Pambula, Nueva Gales del Sur
27 de diciembre de 1859

Distinguido Cazamoscas:

Esta carta debería empezar con los tradicionales «Querido Darwin» o «Estimado Darwin». Pero hoy no me siento demasiado inclinado a quererle, y prefiero llamarle con el mote que le puso la tripulación del *Beagle*. Esto es, Cazamoscas.

Soy yo, Syms Covington, el hombre que fue su ayudante durante los cinco años que pasamos en aquel barco, cuando éramos jóvenes. ¿Se acuerda? ¡Vaya pregunta! ¿Cómo no va a acordarse, si dimos juntos la vuelta al mundo y compartimos tantas alegrías y penalidades? Yo era su hombre para todo. Cazaba y recolectaba ejemplares, y también cocinaba y le remendaba la ropa.

Dígame, ¿no fue también para usted aquella la mejor época, cuando cada día avistábamos nuevos horizontes y descubríamos nuevas especies de

plantas y animales? Si fue buena para mí, que no paraba, imagino cómo sería para usted, que podía permitirse descansar y meditar sobre sus cosas, mientras yo hacía el trabajo sucio.

Seguí a su servicio en Londres, durante los tres años posteriores a nuestro regreso, ayudándole a ordenar y a preservar las colecciones que habíamos reunido, hasta que usted decidió prescindir de mí.

—Cobby —me dijo, y se ruborizó de inmediato, prueba de que no se encontraba cómodo—. Después de sopesar los pros y los contras, he decidido casarme con mi prima Emma. Ya soy mayorcito, y me resulta insoportable la idea de pasarme toda la vida como una abeja obrera, trabajando, trabajando, y sin hacer nada más. No, eso no puede ser. Además, creo que el matrimonio será bueno para mi salud. Así que voy a empezar una nueva vida, en la que no te necesito. Naturalmente, no tienes por qué irte enseguida. Puedes quedarte, digamos, un mes. Aquí tienes esto, a modo de compensación.

Y dejé sobre mi mesa de trabajo una moneda de oro resplandeciente, una guinea de las antiguas.

Bueno, podía haber sido peor. Entonces me puse a pensar en Australia. Me acordé de cuando la visitamos años antes, en el *Beagle*, y de que había tenido la impresión de que aquí un hombre

laborioso podía labrarse una fortuna. Y vine a comenzar una nueva vida. Como usted, pero en el otro extremo del mundo.

La verdad es que me ha ido bastante bien. Mi mujer y yo tenemos ocho hijos, el mismo número que ustedes, creo. Los nuestros son algo salvajes, y se pasan los días soleados pescando en la playa y las noches estrelladas vagabundeando por los bosques, como los aborígenes. Pero, cuando hace falta, trabajan tanto como el que más, y en lo que sea. Yo era así a su edad, como sin duda usted recordará, y por eso los entiendo.

Puede decirse que, a diferencia de usted, que no ha vuelto a salir de Inglaterra, yo nunca he dejado de viajar. Ahora mismo, aquí, tengo un continente entero a mi disposición, con una fauna y una flora pasmosas.

En enero de este año aún tuvo usted tiempo para escribirme, interesándose por mi sordera, y para aconsejarme que recurriese a un especialista, como yo estaba a punto de hacer, porque me habían hablado de uno que por mil libras me operaba y volvía a colocarme los huesecillos del oído en su sitio. Me decía que, en su opinión, esos especialistas son más bien charlatanes, y nunca han ayudado realmente a nadie. Seguí su consejo a pies juntillas, pero mi

sordera sigue empeorando, para mi pesar y el de mi familia, que cada vez tiene que levantar más la voz.

No me quejo de falta de atención por su parte. Sé que es un hombre ocupadísimo, y sin embargo de tarde en tarde ha tenido detalles conmigo, como aquella trompetilla que me envió una vez para aliviar mi sordera.

Pero, ¿qué es eso al lado de todo lo que yo he hecho por usted? ¿Sabe cuántas veces le he lavado y cosido la ropa, le he limpiado las botas y le he servido el té? ¿Se ha preguntado cuántas páginas suyas he copiado y pasado a limpio? ¿Tiene idea de cuántos animales he abatido, despellejado, desplumado, deshuesado, cocinado, disecado, etiquetado y empaquetado para que usted pudiera pavonearse delante de sus amigos científicos? Incluso estos años, desde estas tierras, le he seguido enviando curiosidades, como fetos de marsupiales y huevos de ornitorrinco.

Tengo por aquí una de sus cartas, en la que me agradecía el envío de unos percebes que me había pedido para sus estudios:

«Querido Covington:

Le doy mis gracias más sinceras por las molestias que debe de haberse tomado para recoger tantos

ejemplares de percebes. Me han enviado muchas colecciones de diferentes sitios, pero ninguna tan numerosa de una sola localidad. Uno de esos percebes resulta muy curioso. Pertenece a una nueva especie de un género del que hasta ahora sólo se conocía un ejemplar, y lo he depositado en el Museo Británico. [...]»

Podría haberle puesto mi apellido, pero no. Ni siquiera se le ocurrió pensar que era yo, su antiguo ayudante, Syms Covington, quien había descubierto realmente esa especie, desafiando las olas que golpean los acantilados y arriesgando mi vida, y quien se la había enviado a usted.

Y, sin embargo, ¡cuántas plantas y animales llevan su nombre! Un hongo, un arbusto espinoso, un cactus, una rana, aquel ñandú que fue identificado después de pasar por nuestros estómagos... Hasta uno de aquellos extraordinarios gigantes prehistóricos, el milodón, cuyos huesos desenterramos juntos en un acantilado de Bahía Blanca, en Argentina, lleva el sonoro nombre de *Myloodon darwinii*.

¡*Myloodon darwinii*! ¿Por qué no *Myloodon covingtonii*, si yo estaba al lado? Por no hablar de un monte de la Tierra del Fuego y hasta de un poblado del norte de Australia, al que hace poco bautizaron como Port Darwin. Ya podría yo darme

por satisfecho si, a la hora de mi muerte, aquí, en Pambula, ponen mi nombre a la calle donde vivo. Hasta en eso nuestra suerte parece distinta.

Pero, claro, ¿de qué iba a servirle a usted dar mi nombre a un percebe? ¿Qué ganaba usted con que, a estas alturas, le relacionaran conmigo?

¡Y pensar que hubo momentos, durante nuestro viaje, en los que casi éramos como dos hermanos, y velábamos el uno por el otro! Yo tenía ganas de aprenderlo todo. Era como una hoja en blanco, en la que se podía escribir cualquier cosa. Y usted, como hermano mayor, tenía mucho que enseñarme y que compartir.

Vamos ahora a la causa de mi malestar. Desde que supe de su publicación en Inglaterra y del revuelo que había levantado, esperaba con ansiedad su último libro, *El origen de las especies*. No sé si le dije que soy el actual jefe de Correos de Pambula, lo que me da algunas ventajas. Había pedido que, en cuanto llegara a Sidney un barco de Inglaterra con un paquete para mí, me lo mandaran lo antes posible a la oficina.

Estos días hay más correo que nunca porque es Navidad, época que, como usted bien sabe, aquí en Australia es la más cálida del año. Pero mi paquete se hacía de rogar. Hace tres días me llegó por fin,

directamente de la librería. Ya podía estar esperando sentado a que usted me lo enviara.

Corté los nudos, que estaban muy bien hechos, y abrí el envoltorio. Era, en efecto, *El origen de las especies*, un volumen grueso, de tapas de cuero verde, con las letras doradas en el lomo. Lo acaricié sin atreverme a abrirlo. Era, o al menos eso creía yo, el resultado de nuestros desvelos. El fruto de cinco años de viaje, en los que habíamos trabajado codo con codo, reuniendo un sinfín de datos, y de más de veinte años de esfuerzo mental, el tiempo que usted había tardado en interpretar aquellos datos, y en reflexionar sobre los misterios de la evolución.

Esa noche esperé a que mi familia se acostara, y me senté a leer. Pero no empecé por el principio. Fui directamente al índice onomástico, para comprobar cuántas veces me mencionaba. Para mi asombro, el apellido Covington no estaba en ninguna parte. Busqué en «pájaros», mi especialidad, y no me encontré. Busqué en «ayudante», con igual resultado.

Recordé que en su primer libro, *El viaje del Beagle*, tampoco había mencionado mi nombre, pero aludía a mí en numerosas ocasiones como «mi criado». Ese hecho ya me desconcertó entonces,

y le hice observar que yo había sido mucho más que un simple criado. Había sido su ayudante, su compañero, casi su otro yo. Estaba convencido de que en este libro se habría corregido, y me habría devuelto al lugar que me correspondía. Pero no. Nada de nada.

Es como si me hubiese negado el derecho a existir.

Me busqué en los agradecimientos, y tampoco. Leí, eso sí, una frase suya que dice: «Lamento mucho que la falta de espacio me impida agradecer la generosa ayuda recibida de numerosos naturalistas, a algunos de los cuales no conozco».

Vamos, Darwin, condenado Cazamoscas, ¿cómo puede escribirse con tanta mezquindad? ¿Acaso no sé yo más que muchos de esos naturalistas a los que alude? ¡Y no lo aprendí en los libros, sino directamente de la Naturaleza!

Entiéndame. No discuto sus muchos méritos. Sólo le reprocho que haya olvidado los míos.

Pero aún tenía una mínima esperanza, y me sometí al trabajo de leer el libro entero, por si había algún error o me había relegado a una nota al pie.

Ha sido una extraña manera de celebrar la Navidad. Ahora, habiendo comprobado que realmen-

te no estoy en parte alguna, le escribo esta carta, que se presume larga, y en la que me propongo dar mi propia versión.

Muchas de estas cosas usted ya las sabe. Pero ahora voy a contarlas a mi modo, tal como las recuerdo, y no al suyo.

Escuche, Darwin.